

La encuesta Gallup

UNA encuesta electoral es sólo un sondeo, una indagación de futuro cuyos resultados están fundados en la ley de las probabilidades, que sólo es respetable cuando se ha efectuado con el mínimo de condiciones que exigen los expertos para esta clase de operaciones, pero a la que en ningún caso se puede dar más valor que el de una predicción estadística sobre hechos que en definitiva dependen de la libertad humana, la cual puede desmentir las previsiones más cuidadosas. Obvio es que la mayor parte de las encuestas que aparecen y se multiplican en los períodos electorales está desprovista de toda garantía científica en su elaboración. Obvio es también que las encuestas realizadas por Gallup disfrutaban de un bien merecido prestigio por su seriedad y por su máxima aproximación a los resultados, como se pudo comprobar en las elecciones generales de 1982, en las últimas del Parlamento gallego y en el referéndum sobre la permanencia en la OTAN. Pero ni siquiera la mejor encuesta puede desconocer el margen de incertidumbre que antes hemos explicado, la posibilidad de reacciones imprevistas e incluso el efecto que la propia encuesta puede producir sobre el electorado. Así como hay fenómenos que no se pueden examinar nunca en su estado puro porque el mero hecho de ponerlos bajo observación los altera, baja con las encuestas. Esta es la explicación del «comercio» de encuestas que prospera en vísperas de elecciones y en cierto modo equivale a un suministro de armas de los candidatos. Únicamente evitaría el riesgo expuesto la encuesta que una vez realizada fuese mantenida en el más riguroso secreto, pero claro es que esta exigencia resulta incompatible con la misión de un periódico, que consiste en informar.

Con las prevenciones anteriores presentamos la encuesta Gallup sobre las elecciones del próximo día 22. Es claro que con las mismas reservas nos atrevemos a adelantar un comentario sobre los resultados de dicho día, si coincidieran con los pronosticados por Gallup. Nos mueve especialmente la consideración de que estas reflexiones pudieran ser válidas para mejorar el tono de la campaña electoral en el tiempo que queda hasta su término.

Que la encuesta discrepe sustancialmente de las que hasta ahora se han publicado, fundadas uniformemente en el mantenimiento del «statu quo» actual, no debe extrañar demasiado, por las razones que hemos expuesto sobre la falta general del rigor científico de los sondeos y sobre la calidad de armas bélicas que algún candidato les ha atribuido. Tampoco debe sorprender el duro castigo que representaría para el partido gobernante bajar de sus 202 escaños de la legislatura recién finalizada a 158, perdiendo la mayoría absoluta. Lo insólito y lo poco ejemplar para la sociedad española, que habría acreditado una censurable apatía política, sería que no se produjera la natural reacción ante la cadena de errores cometidos por el Gobierno socialista, alguno tan sangrante como el incremento del paro, cuya eliminación práctica se había prometido, adobados por la jactancia con que, en vez de confesarlos y hacer propósito de enmienda, los candidatos los han pasado olímpicamente por alto, desdeñando la mínima argumentación para sustituirla por la soberbia autoexaltación triunfalista.

La segunda nota que se desprende de la encuesta es el mantenimiento de Coalición Popular en sus dimensiones actuales, pues la pérdida de escaños, que la dejaría en 97, no alteraría su posición de partido principal de la oposición, que hoy tiene con 112. Hay que registrar inmediatamente el crecimiento que Gallup atribuye a las opciones específicas de centro, con los 28 diputados que sumaría la opción reformista, unidos el Partido Reformista Democrático, Convergencia i Unió y Coalición Galega, y el salto del Centro Democrático y Social desde su actual presencia parlamentaria meramente simbólica a 21 diputados. Sin entrar en esos detalles, no creemos que la revitalización del centro deba extrañar, teniendo en cuenta el previsible abandono del socialismo por los votos «prestados» que en 1982 le dieron su abultada victoria y la dificultad de que parte de esos votos pase a engrosar la alternativa de Coalición Popular.

Se podía prever el incremento de la izquierda comunista, que nos parece positivo porque, como hemos dicho muchas veces, preferimos un comunismo dentro de las instituciones a verlo fuera.

En todo caso, si el 22 de junio se desarrolla según las previsiones de Gallup, el resultado será un Congreso más equilibrado que el actual.

¿En qué sentido lo que refleja la encuesta podrá repercutir en la parte que queda de campaña electoral? Creemos que si se produce el voto de castigo al socialismo que la encuesta prevé, habrá sido decisiva la equivocación del tono electoral adoptado por dicho partido. Inició la campaña con un ostensible desprecio de sus adversarios, con el firme convencimiento de que iría a renovar, e incluso a aumentar, su ventaja de 1982. A medida que la campaña se ha desarrollado, la preocupación creciente de los socialistas ha sido claramente perceptible. Pero sólo a ellos y al tono de sus candidatos, alguno tan cualificado como el vicepresidente del Gobierno, deben culpar. No dudamos en afirmar que el mantenimiento de ese talante electoral dañará a quien lo emplee, bien entendido que no sólo de los candidatos del partido gobernante se puede decir que han recurrido a los malos modos. Por el contrario, el talante moderado, el preferir la exposición de los problemas y la oferta leal de soluciones a la crítica personal y a la injuria, favorecerá a quienes se decidan a desdeñar la desvergonzada polémica de plazuela.